

El pecio de Cartagena.

En el sureste de la península Ibérica —en la región de Murcia— se encuentra el puerto de Cartagena, muy transitado desde la Antigüedad.

Navegantes y comerciantes fenicios, púnicos, romanos, bizantinos y sus sucesores surcaron las aguas de este estratégico puerto natural

Los accesos al puerto de Cartagena guardan bajo sus aguas muchas historias sumergidas, fruto de naufragios ocasionados por temporales o enfrentamientos bélicos.

En 2007 y 2008 los arqueólogos del Museo Nacional de Arqueología Subacuática, ARQUA, en colaboración con la Fundación Aurora Trust, usaron técnicas de teledetección durante dos campañas de prospección.

El uso de un moderno sonar de barrido lateral les permitió prospectar sistemáticamente la bahía de Cartagena. Localizaron más de cien anomalías y las documentaron mediante complejos programas informáticos.

Una anomalía de especial interés fue esta agrupación de sospechosas formas, que ocupa una amplia superficie y formaba un túmulo sobre el fondo y bajo él.

Los especialistas utilizaron un vehículo con control remoto, que navegó hasta la anomalía para visualizarla y verificar su naturaleza.

Pronto se comprobó que se trataba de cientos de ánforas, que se filmaron y fotografiaron con el robot teledirigido desde la cabina del barco.

Tales imágenes permitieron a los arqueólogos identificar al menos dos tipos de ánforas romanas de época republicana.

Por su forma se sabe que transportaban vino de distintas calidades, según fuese destinado a las familias itálicas que explotaban las famosas minas de Cartago Nova o a los esclavos que allí trabajaban.

Esa información permite deducir que el barco procedía de Italia y naufragó justo antes de entrar en el puerto de Cartagena, en el siglo I antes de Cristo.

Al llegar al puerto se procesaron los cientos de fotos realizadas por el robot y se comenzó a montar un mosaico fotográfico del pecio, que permitirá reproducir la distribución del cargamento.

Para comprobar el estado de conservación de este pecio, se planificó una complicada inmersión técnica.

Cada buceador llevaba cuatro botellas con mezcla de gases, nitrox y oxígeno, que les permiten bajar a mucha profundidad y realizar con seguridad el largo ascenso a superficie, con varias paradas de descompresión.

A medida que llegaban al fondo, las linternas iban dejando vislumbrar en la oscuridad cientos de ánforas, bajo las que pudiera quedar algún vestigio del barco de madera que las transportó.

Dos mil años más tarde de su naufragio, las ánforas están tapizadas por una rica vida marina que da cobijo a alguna curiosa langosta y sirve de alimento a numerosos peces, de manera que constituye un importante testimonio del patrimonio cultural y natural subacuático de la Bahía de Cartagena.

Una sobreabundancia de materia orgánica de la que también vive el siguiente nivel trófico, representado por animales como un cangrejo piloso o un camarón, beneficiarios del gran banquete servido por la piscifactoría.

Mientras, las doradas trazan movimientos precisos, acompasados con la corriente, como si fueran a algún sitio, como si la jaula no marcara su destino; un destino que las llevará a la oscuridad de un almacén en vez de al fondo del mar o a la boca de un pez mayor.